

LA MANCHA A TODO GAS

Hay a quien cae muy mal que le digan provinciano, y no sé por qué. Proviene, sin duda, de un tiempo en que la llegada a Madrid de un español periférico y aldeano -el "Isidro"- comportaba para éste una catalepsia, exagerada aún por los vivillos de la capital, que, por cierto, si tocan a ser pasmados, se levantan con la primacía. Ahora, con la televisión, arriba un pueblerino a la mismísima Cibeles -o a la plaza da Cataluña, o a Bilbao- y se queda tan fresco. Eso si no se desilusiona.

Los que sí nos maravillamos, en cambio, somos los agobiados por el trepidar de las urbes -"y de los grandes expresos europeos", que fue latiguillo muy de moda-, cuando asentamos nuestro pie y el corazón en la plaza de cualquier pueblo o ciudad de provincia.

De esto puede hablar como nadie, y habla con frecuencia en estas mismas hojas, ese prosista fino que se firma "Ero". Yo sospecho que el director de LA VANGUARDIA tiene a Ero como tiene el alcalde de Nueva York alguna plazoletilla reposadora -por ejemplo, detrás de la Quinta Avenida, a mano izquierda según se sube-; un pequeño espacio abrumado por los rascacielos, con unos bancos donde sentarse y tranquilizar el resoplido. El lector, ávido, recibe cada mañana la meditada doctrina del editorial; indaga el tiempo que hace en Helsinki, aunque ese día, realmente, no le toque ir a Helsinki; conoce cifras muy concretas sobre la menta piperita en una determinada región. Es sólo hacer boca. Le queda ahora la imponente montaña de lo nacional, lo internacional, lo posconciliar -que también monta lo suyo-, la vida, la bolsa... Y cuando ya mal respiraba al borde del colapso, el descansillo. Casi sin darse cuenta, se ve sentado junto al templete de la música en Almendralejo; o si le hacen moverse es todo lo más en coches de línea nada aventureros (esos que sustantivan los nombres de sus concesionarios para llamarse "un castromil", "una alsina"), en "cortos" subsidiarios de los rápidos de postín, todo para llegar, sin prisa, a una fonda donde las comidas empiezan siempre con una sopa, como Dios manda.

Con estas cosas el lector del periódico vuelve a las 80 pulsaciones por minuto, lo cual, aun si no hubiera lo del mérito literario, sería una higiene de agradecer.

Yo leo siempre que me es posible esas buenas literaturas, sigo las andanzas del cronista. Y si hoy lo recuerdo especialmente es porque acabo de cruzar la Mancha, ¡la

Mancha!, pero de la manera más torpe e inútil con que un hombre puede moverse sobre el suelo de su planeta: o sea, a una media de cien kilómetros por hora. Se comprende la gozada que deben darse los ingenieros cuando pillan un llano así, materia sumisa donde venga y venga de rectas interminables. Aquí un gallego quédase asombrado. Allá por Baralla, o en el Corgo, llaman con orgullo "a legua dreita" a una tirada de tres kilómetros donde no hay virajes. Por Manzanares, si algunas veces hay que bajar el ímpetu es porque están en obras para que dentro de poco se pueda correr más.

Y menos mal que el apetito avisa, me detiene donde al buen comer llaman Sancho. Es Puerto Lápice. Hay sopa de ajo, duelos y quebrantos, migas de pastor. El ventero anticipa las explicaciones sobre cada plato, incluso la fórmula magistral; no como esos cartones reticentes donde los platos más simples se barroquizan, donde cualquier filete con patatas fritas se llama "al chef". El vino es de por Herencia, quizá de unas tierras nobles y antiguas que dicen la Florida.

La tarde de octubre pasa suave, lenta, adoro mecedora. Un sol vendimiador va dejando rastro de dulcedumbre sobre las cosas en que resbala. Dura más el cigarro, sabe más el tabaco. Pienso en la felicidad de quedarse. Hay cerca una plaza, una iglesia, unos niños, unos hombres de quienes algo había de aprender si echáramos una parrafada. Están a la derecha y a la izquierda de la general otros caminos, otras carreteras que llaman de segunde orden, todavía humanas. Los letreros dirán que a Daimiel, que a Ciudad Real, que a Tomelloso...

Pero ya me mira el reloj implacable, la agenda con pestañas de colores para según el caso. Estos auxilios me advierten que no está el día para quimeras, ni siquiera en reinos de Don Quijote. De manera que a esta hora perezosa en que los privilegiados se hacen llevar por seguros cuanto locuaces chóferes de autobús. -"Se prohíbe hablar con el conductor"-, por trenes y trenillos de comarca a comarca, yo subo a mi propia soledad rodante, quito el freno de mano, contacto, primera, se enciende el intermitente, segunda, directa, superdirecta...

Ancha es Castilla a ciento veinte kilómetros por hora. Han apartado los carros, han apartado la vida para que yo pase. En realidad, es lo que uno había pedido siempre, pero ahora, cuando puedo correr así, me tengo lástima de tan pobre.

Antonio PEREIRA